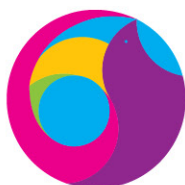


La sinodalidad, forma de la Iglesia mundial unida en la diversidad



Observatorio
Latinoamericano
de la Sinodalidad

La sinodalidad, forma de la Iglesia mundial unida en la diversidad

Por: Mauro Castagnaro*

Resumen

Frente a una Iglesia católica extendida por todo el planeta, con un baricentro desplazado hacia el Sur del mundo y con un pluralismo interno cada vez más acentuado —fenómenos todos ellos, además, comunes a toda la cristiandad—, la sinodalidad aparece como la forma con la que puede reestructurarse como comunión de Iglesias locales, una unidad en la diversidad que evita tanto la tentación de la uniformidad, hoy inaceptable a raíz del proceso de descolonización y de una renovada reflexión eclesiológica y misionológica, como la de la fragmentación, que implicaría una renuncia a la presunción de universalidad del cristianismo y constituiría un contra-testimonio para un mundo desgarrado por divisiones y conflictos. La sinodalidad, sin embargo, exige cambios profundos de espiritualidad, mentalidad y estructuras que se han consolidado en el segundo milenio. Es el reto histórico que con el actual Sínodo la Iglesia ha comenzado a afrontar.

Pocos días después de la clausura del Vaticano II, el teólogo jesuita alemán Karl Rahner hizo un primer balance del mismo, afirmando que el Concilio había «sentado las bases para el aggiornamento, para la renovación», para coincidir: «esto es mucho. Pero es sólo el principio de un principio»¹.

* Periodista italiano especializado en la realidad económica, social, política y eclesial de América Latina. También es licenciado en ciencias políticas, educador y sociólogo de *Il cuore di crema*, una comunidad para la recuperación de toxicómanos y alcohólicos. Está comprometido con el pacifismo, la solidaridad internacional y el ecumenismo. Colabora con varios periódicos y es miembro de la coordinación internacional del movimiento para la reforma de la Iglesia católica *We are Church*.

1 Rahner, K. "Le concile - un nouveau commencement". en *Le deuxième concile du Vatican. Contributions au Concile et à son interprétations*, Cerf, 2015, tomo XXI, p. 766.

En 1979 emitió un juicio global, otorgándole un valor similar en la historia del cristianismo al de la Asamblea de Jerusalén (Hch 15, 1-29): así como esta última había marcado la transición entre el primer y breve período del judeocristianismo y la larga era de la Iglesia en una cultura específica, la cultura helenística y europea, el Vaticano II había cerrado el tiempo de la Iglesia Occidental para configurarse como el primer Concilio de una Iglesia en proceso de globalización, en la que el espacio eclesial ya es, de hecho, el mundo entero.

La distinción entre estos tres periodos, fundamentalmente diferentes en cuanto al anuncio del Evangelio y al lugar de la Iglesia en la sociedad, ponía de relieve, según Rahner, cómo el paso de una situación histórica y teológica a otra, esencialmente nueva, había tenido lugar una vez, gracias a la misión del apóstol Pablo, y se realizaba ahora de nuevo, gracias al nacimiento de un cristianismo mundial.

Esta visión de Rahner es retomada hoy por el Papa Francisco, cuando afirma que “no vivimos una época de cambios, sino un cambio de época”. La expresión, repetida varias veces², no es solo un eslogan de comunicación indudablemente eficaz, sino que subraya el carácter inédito del momento histórico actual. Aunque hace referencia a diversos fenómenos —del advenimiento de lo digital al fin de la cristiandad, de la llegada de la hipermodernidad o posmodernidad a la insistencia en la igualdad de todas las personas, sea cual sea su «género», de la digitalización a la entrada en el antropoceno—, no cabe duda de que resume bien la situación del cristianismo actual —y dentro de él, la de la Iglesia católica romana— a la luz de las novedades que presenta en el siglo XXI.

2 Por ejemplo, en su discurso a la Curia romana con motivo de la presentación de las felicitaciones navideñas, el 21 de diciembre de 2019, pero ya antes, en noviembre de 2015, dirigiéndose a la V Convención eclesial nacional de la Iglesia italiana.



1. Las novedades del cristianismo del siglo XXI

1.1. Un cristianismo verdaderamente planetario

Aunque las cifras sobre la afiliación religiosa de las personas deben tomarse siempre con cuidado, dada la dificultad de detectar/medir eficazmente algo que tiene una dimensión fuertemente interior como es la fe, las estadísticas, incluso en su aproximación, sobre todo cuando se refieren a épocas lejanas, pueden ser útiles para esbozar macroescenarios e indicar tendencias a mediano y largo plazo.

Si bien es cierto que aún en el siglo VI la mitad de los cristianos vivían en Asia (21 de 43 millones), en el año 1000 el centro de gravedad del cristianismo se había desplazado ya hacia Europa (28 de 50 millones), que cinco siglos después, en la época del 'descubrimiento-conquista' de América, concentraba ya casi el 95% de ellos (76 de 81 millones). En 1900, la población mundial era de 1.600 millones, de los cuales 133 millones estaban en África (10 millones de cristianos, o el 7%), 950 en Asia (22 millones de cristianos, o el 2%), 400 en Europa (380 millones de cristianos, o el 95%), 74 en América Latina (62 millones de cristianos, o el 84%), 82 en América del Norte (79 millones de cristianos, o el 96%), y 6 en Oceanía (5 millones de cristianos, o el 83%).

En 2000, la población mundial era de 6.000 millones de habitantes, de los cuales 770 millones vivían en África (50% de cristianos), 3.600 millones en Asia (8% de cristianos), 730 millones en Europa (77% de cristianos), 511 en América Latina (95% de cristianos), 307 en América del Norte (83% de cristianos) y 30 en Oceanía (80% de cristianos).

En 2050, la población se estima en 8.900 millones de habitantes, de los cuales 1.800 millones en África (72% cristianos), 5.300 millones en Asia (11% cristianos), 630 millones en Europa (78% cristianos), 800 millones en América Latina (85% cristianos), 390 millones en América del Norte (66% cristianos) y 46 millones en Oceanía (70% cristianos).

Estas cifras muestran cómo el cristianismo, que se originó en Asia hace dos mil años y se extendió inicialmente por Oriente Próximo, el norte de África y Europa, donde se concentró durante varios siglos, es ahora por primera vez en la historia una religión presente en todo el mundo, aunque naturalmente en diversos grados.

The global distribution of Christians

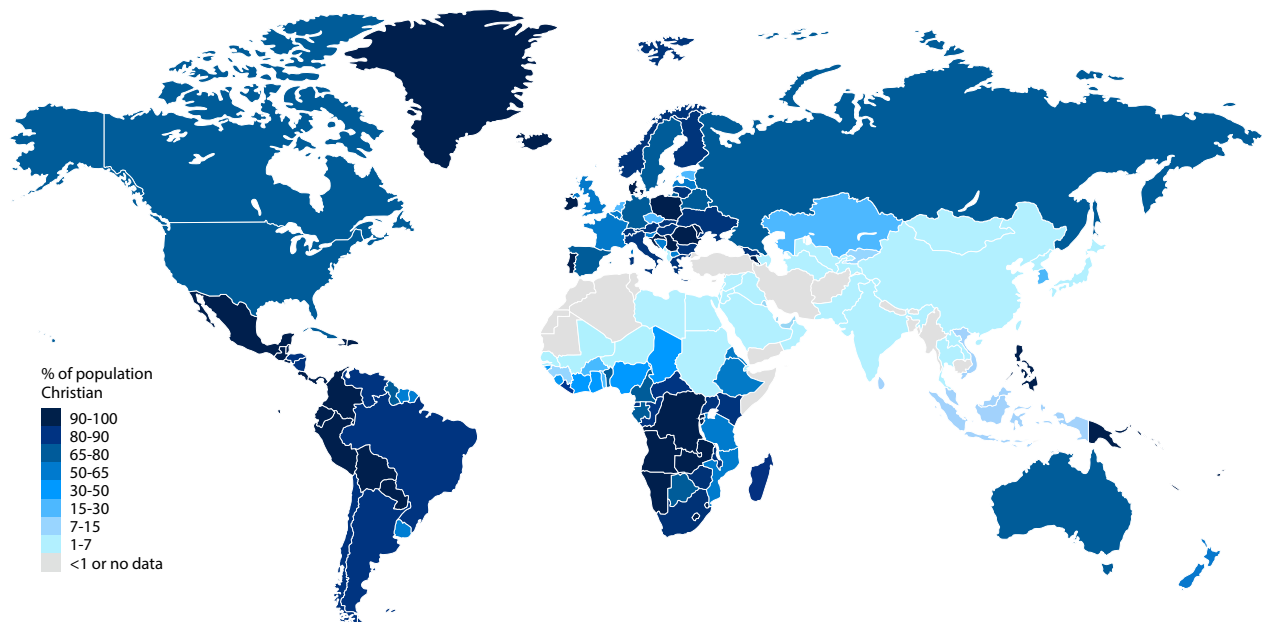


Figura 1. Percent of Christians by Country. Fuente: Pew Research Center 2011. Countries colored a darker shade have a higher proportion of Christians

1.2. Un cristianismo con su centro de gravedad en el Sur

El estudio *The future of World religions: population growth projections, 2010-2050*, presentado en 2015 por el estadounidense *Pew Research Center*, predice que los cristianos aumentarán un 35% (de 2.100 a 2.900 millones) en el periodo de cuarenta años, en consonancia con el aumento de la población mundial hasta los 9.300 millones de individuos (+35%, unos 2.000 millones más), continuando representando el 31% de la población mundial.

Size and Projected Growth of Major Religious Groups

	2010 POPULATION	% OF WORLD POPULATION IN 2010	PROJECTED 2050 POPULATION	% OF WORLD POPULATION IN 2050	POPULATION GROWTH 2010 - 2050
Christians	2,168,330,000	31.4%	2,918,070,000	31.4%	749,740,000
Muslims	1,599,700,000	23.2	2,761,480,000	29.7	1,161,780,000
Unaffiliated	1,131,150,000	16.4	1,230,340,000	13.2	99,190,000
Hindus	1,032,210,000	15.0	1,384,360,000	14.9	352,140,000
Buddhists	487,760,000	7.1	486,270,000	5.2	-1,490,000
Folk Religions	404,690,000	5.9	449,140,000	4.8	44,450,000
Other Religions	58,150,000	0.8	61,450,000	0.7	3,300,000
Jews	13,860,000	0.2	16,090,000	0.2	2,230,000
World total	6,895,850,000	100.0	9,307,190,000	100.0	2,411,340,000

Source: The Future of World Religions: Population Growth Projections, 2010-2050

PEW RESEARCH CENTER

Figura 2. Tamaño y crecimiento previsto de los principales grupos religiosos. Fuente: Pew Research Center.

Sin embargo, Europa tendrá menos influencia en la presencia cristiana: sólo un 16%, con una pérdida de 10 puntos porcentuales, y su incidencia se verá superada por la de África, que pasará del 19% al 29%, América Latina, 22%, con una pérdida de dos puntos porcentuales, y Asia, que pasará del 17% al 20%.

En 2010, los cinco países con más cristianos eran Estados Unidos (243 millones), Brasil (173), México (108), Rusia (105) y Filipinas (86), mientras que en 2050 los dos primeros puestos seguirán siendo Estados Unidos (262 millones) y Brasil (192), seguidos, sin embargo, por Nigeria (155), Filipinas (143) y la República Democrática del Congo (141), y el único país europeo entre los diez primeros será Rusia, que perderá cuatro posiciones.





10 Countries With the Largest Christian Populations, 2010 and 2050

	2010 CHRISTIAN POPULATION	% OF WORLD'S CHRISTIAN POPULATION IN 2010		2050 CHRISTIAN POPULATION	% OF WORLD'S CHRISTIAN POPULATION IN 2050
1 United States	243,060,000	11.2%	1 United States	261,960,000	9.0%
2 Brazil	173,300,000	8.0	2 Brazil	192,640,000	6.6
3 Mexico	107,910,000	5.0	3 Nigeria	154,840,000	5.3
4 Russia	104,750,000	4.8	4 Philippines	143,550,000	4.9
5 Philippines	86,370,000	4.0	5 D.R. Congo	141,790,000	4.9
6 Nigeria	78,050,000	3.6	6 Mexico	130,150,000	4.5
7 China	68,410,000	3.2	7 Tanzania	93,550,000	3.2
8 D.R. Congo	63,210,000	2.9	8 Russia	88,440,000	3.0
9 Germany	56,540,000	2.6	9 Ethiopia	84,770,000	2.9
10 Ethiopia	52,070,000	2.4	10 Uganda	81,020,000	2.8
Subtotal	1,033,670,000	47.7	Subtotal	1,372,710,000	47.0
Subtotal for Rest of World	1,134,650,000	52.3	Subtotal for Rest of World	1,545,360,000	53.0
World Total	2,168,330,000	100.0	World Total	2,918,070,000	100.0

Source: The Future of World Religions: Population Growth Projections, 2010-2050. Population estimates are rounded to the nearest 10,000. Percentages are calculated from unrounded numbers.

PEW RESEARCH CENTER

Figura 3. Los 10 países con mayor población cristiana, 2010 y 2050. Fuente: Pew Research Center.

Según el *Status of Global Christianity 2024* del *Center for the study of Global Christianity*, en 1900, de los 560 millones de cristianos (34% de la población mundial), menos de 100 (18%) vivían en África (10), Asia (22), América Latina (62) y Oceanía (5), mientras que el resto se repartía entre Europa, incluida Rusia (380) y Norteamérica (79).

Un siglo después, de los 2.000 millones de cristianos (32% de la población mundial), algo menos de 1.200 millones viven en el Sur: 384 millones en África, 281 en Asia (cifra probablemente subestimada), 483 en América Latina y 24 en Oceanía, mientras que en el Norte hay unos 800 millones (562 en Europa y 254 en América del Norte).

Y las proyecciones para 2050 hablan de 3.200 millones de cristianos (34% de la población mundial), de los cuales cuatro quintas partes (2,6) se concentrarán en el Sur (1.300 en África, 595 en Asia, 678 en América Latina y 32 en Oceanía) y sólo menos del 20% en el Norte (494 en Europa y 256 en América del Norte). En siglo y medio, la proporción se ha invertido.

Status of Global Christianity, 2024, in the Context of 1900–2050

	1900	1970	2000	2020	Trend % p.a.	mid-2024	2050
1. Total population	1,619,625,000	3,695,390,000	6,148,899,000	7,840,953,000	0.87	8,118,836,000	9,709,492,000
2. Adult population (over 15)	1,073,646,000	2,302,129,000	4,290,579,000	5,827,214,000	1.21	6,114,898,000	7,699,095,000
3. Adults, % literate	27.6	63.8	76.7	84.1	0.02	84.2	88.0
4. Urban population (%)	14.4	36.5	46.7	56.1	0.74	57.8	68.0
5. Global urban population	232,695,000	1,347,080,000	2,869,193,000	4,397,903,000	1.62	4,690,224,000	6,604,474,000
6. Cities over 1 million	20	145	371	579	1.64	618	950
7. Under 50% Christian	5	65	226	345	1.21	362	500
8. Religious diversity	2.7	4.3	4.5	4.4	-0.04	4.4	4.4
9. Religionists	1,616,370,000	2,986,913,000	5,365,962,000	6,949,778,000	0.98	7,225,815,000	8,860,607,000
10. Christians	558,346,000	1,216,131,000	1,987,906,000	2,521,460,000	1.08	2,631,941,000	3,326,346,000
11. Muslims	200,301,000	574,379,000	1,299,601,000	1,899,103,000	1.68	2,029,703,000	2,859,536,000
12. Hindus	202,976,000	467,434,000	843,615,000	1,090,592,000	0.60	1,117,016,000	1,244,529,000
13. Buddhists	126,946,000	233,383,000	448,423,000	530,612,000	0.17	534,250,000	532,963,000
14. Chinese folk-religionists	379,974,000	238,188,000	420,817,000	457,672,000	-0.25	453,190,000	392,777,000
15. Ethnoreligionists	117,313,000	171,476,000	225,753,000	288,022,000	0.36	292,234,000	312,696,000
16. New Religionists	5,986,000	39,557,000	63,579,000	67,463,000	0.09	67,704,000	65,799,000
17. Sikhs	2,962,000	10,668,000	21,605,000	29,254,000	1.60	31,177,000	41,840,000
18. Jews	11,725,000	13,959,000	12,948,000	14,800,000	0.70	15,216,000	17,913,000
19. Nonreligionists	3,255,000	708,478,000	782,937,000	891,175,000	0.05	893,021,000	848,885,000
20. Agnostics	3,028,000	543,321,000	645,052,000	744,166,000	0.09	746,715,000	715,955,000
21. Atheists	226,000	165,156,000	137,885,000	147,009,000	-0.12	146,306,000	132,930,000
22. Total Christians, % of world	34.5	32.9	32.3	32.2	0.20	32.4	34.3
23. Affiliated Christians	522,440,000	1,112,204,000	1,886,318,000	2,398,583,000	1.13	2,508,432,000	3,201,640,000
24. Catholics	265,756,000	656,431,000	1,024,932,000	1,240,312,000	0.75	1,278,009,000	1,514,383,000
25. Protestants	134,196,000	251,902,000	429,290,000	586,373,000	1.63	625,606,000	869,789,000
26. Independents	8,859,000	89,480,000	284,420,000	390,209,000	1.96	421,689,000	607,415,000
27. Orthodox	116,199,000	139,037,000	257,602,000	291,720,000	0.12	293,158,000	317,049,000
28. Unaffiliated Christians	35,906,000	103,927,000	101,588,000	122,877,000	0.13	123,508,000	124,706,000
29. Evangelicals	80,912,000	108,841,000	270,707,000	387,026,000	1.66	413,404,000	620,970,000
30. Pentecostals/Charismatics	981,000	57,631,000	442,643,000	644,260,000	1.48	683,341,000	1,031,503,000
31. Denominations / Rites	2,000	13,100	31,100	44,900	1.21	47,100	64,000
32. Congregations	400,000	1,330,000	3,000,000	4,060,000	0.85	4,200,000	5,400,000
33. Global North	459,901,000	692,870,000	816,126,000	847,319,000	-0.32	836,646,000	746,525,000
34. Europe (including Russia; 4 regions)	380,647,000	490,507,000	562,062,000	573,692,000	-0.39	564,737,000	488,979,000
35. Northern America (1 region)	79,254,000	202,363,000	254,063,000	273,627,000	-0.16	271,909,000	257,546,000
36. Global South	98,445,000	523,261,000	1,171,780,000	1,674,141,000	1.76	1,795,295,000	2,579,821,000
37. Africa (5 regions)	9,640,000	137,866,000	383,463,000	661,349,000	2.64	734,130,000	1,281,941,000
38. Asia (5 regions)	21,966,000	97,390,000	281,094,000	382,397,000	2.11	415,647,000	585,348,000
39. Latin America (3 regions)	62,002,000	269,960,000	482,857,000	600,717,000	0.60	615,229,000	679,401,000
40. Oceania (4 regions)	4,837,000	18,045,000	24,366,000	29,678,000	0.51	30,289,000	33,130,000
41. National workers (citizens)	2,100,000	4,600,000	10,900,000	13,000,000	0.95	13,500,000	17,000,000
42. Foreign missionaries	62,000	240,000	420,000	425,000	1.16	445,000	600,000
43. Christian martyrs per 10-years	344,000	3,770,000	1,600,000	900,000	0.28	910,000	1,000,000
44. % in Christian countries	95.0	75.8	61.0	51.9	-0.17	51.6	49.4
45. Non-Christians who know a Christian (%)	5.3	13.4	17.4	18.28	0.30	18.5	20.0
CRIPTURES AND GOSPEL ACCESS							
46. Languages with New Testament translations	227	581	1,453	2,232	1.83	2,400	4,200
47. Population without gospel access	879,998,000	1,655,125,000	1,849,747,000	2,168,903,000	1.02	2,258,875,000	2,772,731,000
48. No gospel access as % of world population	54.3	44.8	30.1	27.7	0.15	27.8	28.6
49. Personal income of Christians	270 billion	4,100 billion	18,000 billion	56,470 billion	5.52	70,000 billion	178,000 billion
50. Giving to Christian causes	8 billion	70 billion	320 billion	1,032 billion	6.03	1,304 billion	5,200 billion
51. Ecclesiastical crime	300,000	5,000,000	19 billion	67 billion	6.41	86 billion	390 billion
GLOBAL POPULATION							
GLOBAL RELIGION							
GLOBAL CHRISTIANITY BY TRADITION							
CHURCH ORGANIZATION							
CHRISTIANS BY CONTINENT							
CHRISTIAN MISSIONS							
CHRISTIAN FINANCE (IN US\$, PER YEAR)							

Todd M. Johnson and Gina A. Zurlo, ed. World Christian Database/Leiden/Boston: Brill, accessed January 2024), www.worldchristiandatabase.org

Figura 4. Situación del cristianismo mundial, 2024, en el contexto 1900 - 2050. Fuente: *Center for the study of Global Christianity*.

Aunque los factores en los que se basa la estimación pueden estar sujetos a cambios, es evidente que estamos ante la superación de la identificación entre Occidente y el cristianismo, que se convierte en una “religión del Sur Global”.

1.3. Un cristianismo pluriforme

Aunque siempre han existido Iglesias, corrientes y grupos minoritarios, cismáticos o heréticos, puede decirse que hasta el siglo XIX el cristianismo se remontaba, con la excepción de las Iglesias pre-efesias y precalcedonianas, a tres tradiciones, la católica romana, la ortodoxa —que se diferenciaron a partir del cisma de 1054— y la protestante —nacida de la Reforma del siglo XVI.

En los dos últimos siglos, paralelamente a su progresiva extensión en todo el planeta, el universo cristiano se ha hecho mucho más complejo:

- Fuera de las tres grandes tradiciones, hemos asistido al nacimiento de movimientos como el adventismo (hoy con 20 millones en todo el mundo) y, en posiciones liminares al propio cristianismo, el mormonismo (15 millones de fieles) y los Testigos de Jehová (8,5 millones).
- Con la multiplicación de las denominaciones, el fenómeno cuantitativamente más sensacional es el del pentecostalismo evangélico, nacido a principios del siglo XX y capaz, en cien años, de implicar a unos 500 millones de cristianos en un número cada vez mayor de denominaciones, con la perspectiva de alcanzar los mil millones de adeptos en 2050. Sin embargo, la multiplicación de las Iglesias autocéfalas o independientes implica también a la ortodoxia y al catolicismo, donde unos 10 millones de personas en todo el mundo se adhieren a Iglesias católicas no en comunión con Roma —250 de las cuales se cuentan sólo en Estados Unidos—, que hoy ascenderían a unas 50.000 en el mundo.
- En las distintas denominaciones, por ejemplo con la “pentecostalización” de algunas Iglesias protestantes históricas y el auge carismático paralelo en la Iglesia católica romana —2 millones en 1970, 215 millones en 2020—, pero también con la coexistencia en muchas Iglesias de posiciones diferentes sobre cuestiones como la atribución de ministerios a las mujeres, la ética sexual, etc.

Estos fenómenos encuentran su terreno más fértil en África y América Latina.

La diversidad, por tanto, es un rasgo característico del cristianismo de principios del siglo XXI, ya que a las que han determinado el nacimiento de las grandes tradiciones en el área euromediterránea y han ido forjando sus especificidades en cuanto a doctrina, eclesiología, disciplina, etc., se han añadido las propias de las expresiones pentecostales y carismáticas, que han estallado en el Sur del mundo: el énfasis en el bautismo en el Es-

píritu Santo —evidenciado por la glosolalia—, el interés por la salvación personal y la fe en la intervención directa de Dios que cura de enfermedades y da prosperidad económica, la atribución de todos los males a causas espirituales y no sociales, el encuentro personal con Jesucristo descrito como conversión o nuevo nacimiento, que crea las condiciones subjetivas para el cambio en todos los aspectos de la vida, desde las relaciones familiares hasta la ética del trabajo, el biblicismo y la referencia a la Biblia más como objeto de culto en sí mismo que por su contenido, la fuerte carga emocional expresada en las liturgias, el énfasis en los carismas y la acción taumatúrgica.





2. Desafíos para el cristianismo del siglo XXI

Los últimos cinco siglos han sido testigos de la expansión del cristianismo hacia los Sur del mundo, paralelamente al colonialismo europeo, y de la construcción de Iglesias locales según el modelo de la metrópolis central, mediante la uniformidad de la disciplina, la lengua, la liturgia, el derecho, la teología y las instituciones, con lo que la evangelización se ha traducido en una asimilación de la cultura europea, incluida la eclesial.

Esto se dió tanto en el ámbito católico, con los procesos de “romanización” que se completaron en el siglo XIX tras el aplastamiento de los intentos de inculturación en Asia —las controversias de los ritos malabar y chino en los siglos XVII-XVIII— y de la construcción de las Iglesias nacionales en América Latina —ver Concilio Plenario Latinoamericano de 1899—, y en el ámbito protestante con las “Iglesias de misión” anglosajonas.

Sin embargo, desde hace unos 70 años, a raíz del proceso de descolonización y de una renovada reflexión eclesiológica y misionológica, se ha producido un fuerte impulso hacia el reconocimiento de las culturas locales y la construcción de Iglesias autóctonas.

Esto se manifestó en la Iglesia católica romana con el Concilio Vaticano II, cuyo *Decreto sobre la actividad misionera Ad gentes*, n. 6, afirma:

Las empresas peculiares con que los heraldos del Evangelio, enviados por la Iglesia, yendo a todo el mundo, realizan el encargo de predicar el Evangelio y de implantar la Iglesia misma entre los pueblos o grupos que todavía no creen en Cristo, comúnmente se llaman “misiones” [...]. El fin propio de esta actividad misional es la evangelización e implantación de la Iglesia en los pueblos o grupos en que todavía no ha

arraigado. De suerte que de la semilla de la palabra de Dios crezcan las Iglesias autóctonas particulares en todo el mundo suficientemente organizadas y dotadas de energías propias y de madurez, las cuales, provistas convenientemente de su propia Jerarquía unida al pueblo fiel y de medios connaturales al plano desarrollo de la vida cristiana, aportes su cooperación al bien de toda la Iglesia (AG 6).

En el mundo evangélico, por otra parte, se ha producido una desvinculación jurídica y administrativa de las Iglesias metropolitanas, con las Iglesias nacionales reclamando su propia autonomía —véase el caso de la Iglesia Evangélica Metodista en Bolivia—, así como, especialmente en África, la aparición de Iglesias independientes, que adaptan las creencias cristianas a las tradiciones locales.

2.1. El pleno reconocimiento de la diversidad

Desde este punto de vista, el primer reto al que se enfrenta el cristianismo del siglo XXI es el del pleno reconocimiento de la diversidad, ciertamente dentro de las distintas confesiones, pero también en diálogo con otras tradiciones. Es decir, se trata de tomar suficientemente en cuenta las diferencias y especificidades de las situaciones históricas, sociales y geoculturales, para permitir a las Iglesias locales realizarse plenamente sin subordinación.

Si, en efecto, el colonialismo, o más ampliamente la hegemonía económica y política ejercida por Occidente sobre el resto del mundo en los últimos siglos, ha tenido también una dimensión cultural, epistemológica y religiosa, un proceso de descolonización no será eficaz y completo si no reconoce la subjetividad de las Iglesias del Sur global, entendida, por una parte, como su expresión de la fe en formas —doctrinales, litúrgicas, ministeriales, éticas, etc.— legítimamente diferentes y su estructuración según sus propias culturas específicas y a partir de su propio itinerario eclesial, y, por otra, como el sentarse con pleno derecho a la mesa de su propia confesión para afrontar, a partir de su propia identidad y experiencia, todos los problemas de la fe y de la vida, en el marco de un cristianismo configurado como “comunidad de Iglesias”.

Ejemplar, en este sentido, es la necesidad de dar ciudadanía efectiva a las teologías que surgen del pensamiento práctico-reflexivo sobre la vida de los pueblos indígenas latinoamericanos, de la antropología africana que concibe a la persona como ser en relación con los demás, y de la cosmovisión asiática que enfatiza la identidad en la diferencia con respecto al principio de no contradicción. Lo que está en juego, sin embargo, no es sólo un anuncio evangélico capaz de hablar las lenguas de nuestro tiempo, sino, más radicalmente, la posibilidad de una experiencia y un conocimiento más profundos y articulados de ese Dios que siempre supera teologías, Iglesias y culturas.

De esto era muy consciente Rahner, que había previsto que el Vaticano II era el germen de una Iglesia mundial que encontraría nuevas expresiones en la diversidad de pueblos y culturas: “el gran desafío para la Iglesia después del Concilio consiste en convertirse en



una Iglesia mundial, lo que significa que la Iglesia universal sólo existe en comunidades concretas, encarnadas y visibles a través de sus propias formas socioculturales”. Por tanto, “o la Iglesia ve y reconoce estas diferencias esenciales de otras culturas, en medio de las cuales debe convertirse en Iglesia mundial, y saca las consecuencias necesarias con audacia paulina, o sigue siendo una Iglesia occidental, traicionando en última instancia el sentido del Vaticano II”³.

Dada la diferencia entre la cultura occidental y las de África y Asia, y a pesar de la persistente pretensión de la primera de ser “global”, con su impulso homologador, la inculturación del cristianismo, recuerda Christoph Theobald, “consiste en una verdadera re-creación”⁴.

Sólo en el último período del Concilio surgió la importancia de escuchar el Evangelio, de interpretarlo y hacerlo oír en cada contexto geográfico y cultural de manera específica. **Gaudium et spes** y **Ad gentes** perfilan esta misión de todo el pueblo de Dios. El discernimiento de los signos de los tiempos implica, en efecto, escuchar lo que el Espíritu le dice y “adaptar” el anuncio del Evangelio a lo que percibe de la acción del Espíritu en los destinatarios del anuncio, así como la propia forma eclesial a esta misión, es decir, confesar la propia fe permaneciendo fiel a su propia cultura, historia y tradiciones y estructurando las respuestas que se han de dar a la propuesta cristiana a partir de los factores históricos, sociales y culturales específicos de su propia tierra.

La misma adaptación se afirma con respecto a la arquitectura de la Iglesia:

La Iglesia, por disponer de una estructura social visible, señal de su unidad en Cristo, puede enriquecerse, y de hecho se enriquece también, con la evolución de la vida social, no porque le falte en la constitución que Cristo le dio elemento alguno, sino para conocer con mayor profundidad esta misma constitución, para expresarla de forma más perfecta y para adaptarla con mayor acierto a nuestros tiempos (GS 44).

Ad gentes subraya la diversidad cultural de la tierra y, en este contexto misionero, reformula la misma necesidad de una “evangelización adecuada” y de una forma eclesial “adaptada” a cada cultura, lo que exige “un nuevo examen” de la revelación:

Para conseguir este propósito es necesario que en cada gran territorio sociocultural se promuevan los estudios teológicos por los que se sometan a nueva investigación, a la luz de la tradición de la Iglesia universal, los hechos y las palabras reveladas por Dios, consignadas en las Sagradas Escrituras y explicadas por los Padres y el Magisterio de la Iglesia. Así aparecerá más claramente por qué caminos puede llegar la fe a la inteligencia, teniendo en cuenta la filosofía y la sabiduría de los pueblos, y de qué forma pueden compaginarse las costumbres, el sentido de la vida y el

3 Rahner, K. “Interpretazione teologica fondamentale del Concilio Vaticano II”, in *Sollecitudine per la Chiesa*, Nuovi saggi VIII, Paoline, 1982, pp. 356-357.

4 Theobald, C. *Un nouveau concile qui ne dit pas son nome?* Edición Salvator, 2024. Consultado en la edición italiana *Un Concilio in incognito?* Edb, 2024, p. 164.

orden social con las costumbres manifestadas por la divina revelación. Con ello se descubrirán los caminos para una acomodación más profunda en todo el ámbito de la vida cristiana. Con este modo de proceder se excluirá toda clase de sincretismo y de falso particularismo, se acomodarán la vida cristiana a la índole y al carácter de cualquier cultura, y serán asumidas en la unidad católica las tradiciones particulares, con las cualidades propias de cada raza, ilustradas con la luz del Evangelio. Por fin, las Iglesias particulares jóvenes, adornadas con sus tradiciones, tendrán su lugar en la comunión eclesial, permaneciendo íntegro el primado de la cátedra de Pedro, que preside a la asamblea universal de la caridad (AG 22).

La salida de la uniformidad postgregoriana y sobre todo “colonial² de la Iglesia latina y el paso a su diferenciación geocultural, implica una nueva arquitectura territorial de la Iglesia.

Los primeros signos se vieron con el nacimiento del Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam), surgido en 1955, de órganos regionales de colegialidad episcopal en todos los continentes —el Simposio de Conferencias episcopales de África y Madagascar – Secam, en 1968, el Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas – CCEE, en 1971, la Federación de las Conferencias Episcopales de Asia – FABC, en 1973 y la Federación de las Conferencias de Obispos Católicos de Oceanía – FCBCO, en 1992, pero ninguno ha sido capaz de organizar momentos tan incisivos como las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, encontrando su mayor manifestación colegial en los Sínodos continentales convocados en los años noventa por Roma, por otra parte con un perfil jurídico e identitario menos autónomo.

Con el pontificado de Francisco, el impulso sinodal se ha universalizado a toda la Iglesia, en particular con la convocatoria del Sínodo sobre la Sinodalidad, con América Latina abriendo camino en la celebración de la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para la Región Panamazónica, en 2019, la constitución de la Conferencia Eclesial de la Amazonía, en 2020, y la realización de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe en 2021.

Ahora será necesario dar una nueva consistencia institucional a “todo vasto territorio sociocultural”; según el cuarto principio de convivencia social formulado por el Papa Francisco en *Evangelii gaudium*:

El modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad. Tanto la acción pastoral como la acción política procuran recoger en ese poliedro lo mejor de cada uno (EG 236).



2.2. Nuevas formas de unidad

El pleno reconocimiento de la diversidad —es decir, de la presencia de la Iglesia universal en una pluralidad de Iglesias particulares, cada una verdaderamente Iglesia de Dios sobre el terreno y todas en relación entre sí y con la Iglesia de Roma y su obispo— plantea naturalmente el problema fundamental, ya percibido por el Vaticano II de cómo hacer posible un consenso fraterno/sororal de todos y todas, dado que la diversidad de expresiones de la fe no puede reducirse a un catecismo común, es decir, de la construcción de la auténtica catolicidad (cf. LG 23d, OE 2) entendida como articulación de unidad y diversidad declinada según el genio, la lengua, las tradiciones y las costumbres de los distintos pueblos (cf. AG 15, 22; GS 58, 62; SC 37-38).

La Iglesia católica romana —y más en general, el cristianismo— debe, por tanto, afrontar otro reto/proceso, aparentemente contradictorio con el primero: la búsqueda de nuevas formas de unidad, también ecuménicas, indispensables para cumplir el mandato de Cristo de “ser uno” y dar un testimonio creíble en la sociedad, “para que el mundo crea” (Jn 17,21).

Debe ser, por tanto, una cuestión de “unidad en la diversidad”, es decir, capaz de conjugar la pretensión de universalidad del cristianismo y su arraigo en las diferentes culturas existentes en el planeta, en un mundo que ahora es “global”, pero que rechaza la presunta “superioridad” de una civilización sobre las demás y, por tanto, cualquier homologación.

Esto desafía y agita a todas las grandes tradiciones cristianas —pero también al propio Consejo Ecuménico de las Iglesias—, como lo demuestra el controvertido debate en la Comunión Anglicana sobre la ordenación presbiteral de mujeres y homosexuales activos, las renovadas tensiones en la Ortodoxia que llevaron al fracaso del Concilio Pan-Ortodoxo convocado en Creta, en 2016, ahora exacerbadas por la guerra entre Rusia y Ucrania, pero susceptibles de adquirir nuevas dimensiones en caso de que los fenómenos migratorios den lugar a Iglesias grandes y estables en Occidente, así como los problemas que el exilio masivo por razones políticas provoca en las Iglesias cristianas de Oriente Medio.

En la Iglesia católica romana, esto se manifiesta tanto en la llamada a la descentralización, ya evocada por el Papa Francisco en *Evangelii gaudium* (16 y 32), previendo la atribución a las Conferencias Episcopales “también [de] alguna auténtica autoridad doctrinal”, al igual que en el debate sobre la sinodalidad como, en palabras del Card. Mario Grech, “el modo más adecuado para desarrollar la preocupación eclesial de la formación de la identidad y su reconfiguración teológico-cultural como Iglesia de Iglesias, presidida por el obispo de Roma y en comunión con todas las Iglesias”⁵.

No es casualidad, pues, que precisamente en este momento de la historia de la Iglesia y

5 Il Regno. “Sínodo sobre la sinodalidad: el modo de ser Iglesia”. Entrevista al Card. Mario Grech, en *Il Regno* n. 4/2023, p. 72.

de las sociedades, la sinodalidad aparezca, como dice el Papa Francisco, como “el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio”⁶. Resulta ser la forma eclesial para practicar la unidad en la diversidad, porque, como nos recuerda Theobald,

sólo a través de la sinodalidad podemos gestionar y superar los inevitables malentendidos, confusiones y conflictos, y así mantener viva la realidad del “ministerio profético” (*munus propheticum*) de la Iglesia, “cuando cree” (*in credendo*): en el camino que siempre hay que reemprender hacia una fraternidad y sororidad experimentadas, de las que el “consenso” (*consensus Ecclesiae*) es el punto de apoyo; no impuesto autoritariamente o como “desde fuera” (como ha sucedido a menudo durante el segundo milenio postgregoriano), sino recibiendo lo que el Espíritu Santo da realmente a los fieles”⁷.

El *Instrumentum laboris* (IL) de la primera sesión del Sínodo sobre la sinodalidad lo resume muy bien:

Hemos experimentado que el encuentro sincero y cordial entre hermanos y hermanas en la fe es fuente de alegría: ¡encontrarse es encontrarse con el Señor que está en medio de nosotros! Hemos podido tocar con nuestras propias manos la catolicidad de la Iglesia, que, en las diferencias de edad, sexo y condición social, manifiesta una extraordinaria riqueza de carismas y vocaciones eclesiales, y atesora un tesoro de diversidad de lenguas, culturas, expresiones litúrgicas y tradiciones teológicas. Representan el don que cada Iglesia local ofrece a todas las demás (cf. LG 13) y el dinamismo sinodal es un modo de relacionarlas y fortalecerlas sin anularlas en la uniformidad. Del mismo modo, hemos constatado que incluso en la variedad de formas en que se vive y se entiende la sinodalidad en las distintas partes del mundo, partiendo de la herencia común de la Tradición Apostólica, hay cuestiones compartidas: discernir el nivel más apropiado en el que abordar cada una de ellas es parte del desafío. También se comparten algunas tensiones. No debemos dejarnos asustar por ellas, ni tratar de resolverlas a toda costa, sino comprometernos en un constante discernimiento sinodal: sólo así las tensiones podrán convertirse en fuentes de energía y no caer en polarizaciones destructivas” (IL 6).

La sinodalidad exige una renovación de la espiritualidad —que “de acentuar la dimensión individual”, está llamada a “pasar de enfatizar la dimensión individual a la colectiva: una espiritualidad del ‘nosotros’, que puede valorar las aportaciones de cada persona” (IL 85)—, una espiritualidad menos intimista y más comunitaria, un cambio de mentalidad —vivir, haciendo propia en la autoconciencia de la Iglesia, la figura del poliedro en lugar del modelo de la esfera, la comunión no como uniformidad, sino como participación en las verdades esenciales del Evangelio, y la diversidad como expresión legítima de los esfuerzos de los creyentes por dar testimonio de la fe en sus propios contextos— y un cambio de estructuras, para que sean capaces de dar plena expresión a la variedad de culturas, liturgias, teologías, etc., a través de las cuales los creyentes del mundo pueden dar testi-

6 Papa Francisco. *Discurso del 17 de octubre de 2015*.

7 Theobald, C. *Un nouveau concile qui ne dit pas son nome? Op. cit.* pp. 40-41.



monio de su fe. a través de las cuales lo/as creyentes del mundo viven su ser Iglesia de Cristo y, al mismo tiempo, hacer visible la pertenencia común a la Iglesia católica.

En este último nivel, se tratará de reformar los órganos sinodales existentes y/o de crear otros nuevos, valorando, entre otras cosas:

- a. La conveniencia de reconocer y garantizar una mayor autonomía de las Iglesias locales.
- b. La necesidad de repensar el papel del obispo en la Iglesia local en clave sinodal es decir, dentro de una red de órganos representativos del pueblo de Dios entendidos como “lugares donde las decisiones se tomen en base a procesos de discernimiento comunitario” (DTC 78).
- c. La autoridad doctrinal y la competencia legislativa general a atribuir a las Conferencias episcopales en orden a la inculturación de la fe.
- d. La reactivación de los Concilios Particulares que permitan la participación de laicos y clero.
- e. El estatuto canónico, las competencias y la autoridad doctrinal de las Asambleas eclesiales continentales.
- f. El estatuto canónico, las competencias y la autoridad doctrinal de las estructuras intermedias entre la Iglesia local y la Iglesia en su conjunto, que agrupan a nivel continental o regional a las Iglesias homogéneas por pertenecer a una misma área cultural e histórica (solución que quizás podría extenderse también al nivel ecuménico).
- g. La utilidad de constituir Patriarcados o Conferencias Episcopales Continentales como instancias a cuyo nivel puedan expresarse las legítimas diferencias de disciplina, liturgia, ministerialidad, etc.
- h. El papel de las instancias de corresponsabilidad que deben acompañar periódica (Sínodos de la Iglesia universal) y permanentemente (Colegio cardenalicio o de Patriarcas o “Senado” del Papa) el servicio petrino a la unidad.
- i. “Una forma de ejercicio del primado que, sin renunciar en absoluto a la naturaleza esencial de su misión, se abre a una nueva situación” (UUS 95), caracterizada por la sinodalidad, y el papel que debe desempeñar el Obispo de Roma en estos procesos de agrupación de Iglesias (IL B3. 4/2-4).

Este proceso debería dar a la Iglesia “un nuevo orden sinodal”, gracias al cual, según el Card. Mario Grech, “podremos entonces responder a las otras preguntas que el pueblo de Dios se plantea hoy: el papel de la mujer, la participación de todos, los abusos, el clericalismo”⁸.

Naturalmente “esto requiere buscar un equilibrio dinámico entre la dimensión de la Iglesia

8 Il Regno. *Op. cit.*

en su conjunto y su radicación local, entre el respeto del vínculo de la unidad de la Iglesia y el riesgo de homogeneización que ahoga la variedad. Los significados y las prioridades varían entre contextos diferentes, y esto requiere identificar y promover formas de descentralización e instancias intermedias”⁹.

La frontera entre lo que es común, relativo a la unidad de la Iglesia, y lo que se acepta como diferente porque se reconoce como un carisma del Espíritu es móvil y siempre lo ha sido en mayor o menor medida. Concretamente, el “reparto” de las competencias de discernimiento y decisión en los distintos niveles eclesiales puede hacerse teniendo en cuenta, como señala Theobald, el principio de la “jerarquía de verdades” introducido por el Vaticano II (*Unitatis Redintegratio* 11) y el de subsidiariedad, en el marco de la regla enunciada por el teólogo luterano del siglo XVII, Rupert Meldenius, y adoptada por Juan XXIII: “Unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo” “*In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas*” (cf. UR 4 § 7).

Todo ello, a la luz de la opción por los pobres, los oprimidos y los excluidos, con vistas a su “dignificación”, liberación e inclusión, y a la construcción, por utilizar una definición de la Iglesia ofrecida por la Federación de las Conferencias Episcopales de Asia, de

una comunión de comunidades que testimonia fiel y amorosamente al Señor Resucitado y se acerca a personas de otras creencias y convicciones en un diálogo permanente hacia la liberación integral de todos. Es fermento de transformación en este mundo y sirve de signo profético que se atreve a ir más allá de este mundo hacia el Reino inefable que aún no se ha realizado plenamente¹⁰.

9 *Una Iglesia sinodal en misión. Informe de síntesis* 5g.

10 “Journeying together toward the Third Millennium”, *Declaración de la Quinta Asamblea Plenaria*, Bandung, Indonesia, 27 de julio 1990 n. 8.1.3.–8.1.4.





Observatorio
Latinoamericano
de la Sinodalidad